

LUZ DE CANDELAS

ANA B. NIETO

LUZ DE CANDELAS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: septiembre de 2023

© Ana B. Nieto, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6420-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 15022-2023

Impreso en España

*Para mi querida Vanesa,
que compartió conmigo el mundo romántico desde el colegio.*

Índice

Mapa	11
----------------	----

PARTE PRIMERA

1. El burlador	15
2. El Madrid de las librerías	26
3. El 2 de mayo	39
4. El año sin verano	47
5. La taberna del Cuclillo	53
6. Víspera de Carnaval	61
7. Revueltos, pero no juntos	68
8. La conspiración del triángulo	74
9. La visita inesperada	83
10. El poeta absolutista	89
11. Manuela	94
12. El estudiante	101
13. El regalo	110
14. La lista revolucionaria	118
15. La plaza de la Constitución	120
16. El levantamiento	127
17. La ronda de tabernas	136
18. La iglesia de San Sebastián	142
19. El librero	146
20. Dos caballos y una mula	160
21. Responda el cielo y no yo	169

ENTREACTO

22. La noche del estreno	185
------------------------------------	-----

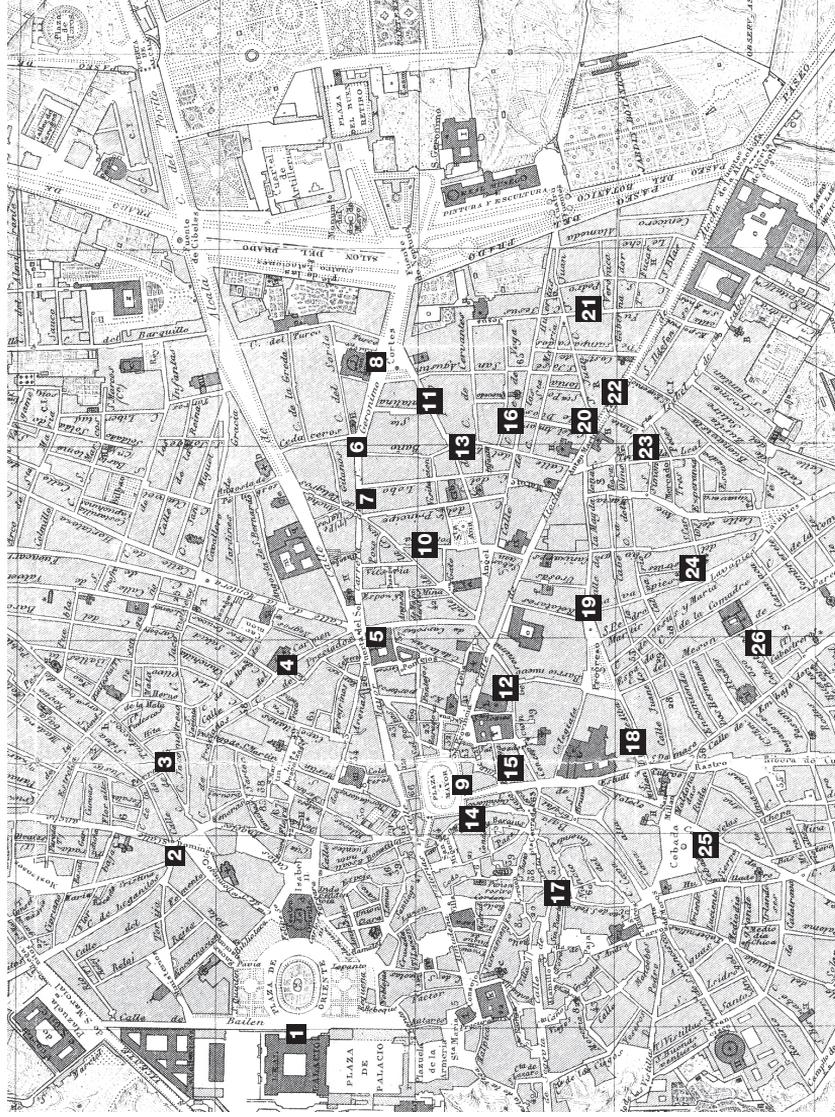
PARTE SEGUNDA

23. La boda de Larra	195
24. El donjuán	205
25. El regreso de Luis Candelas	215
26. Cuchilleros	223
27. La escribana velada	232
28. La Junta Superior	241
29. Hermoso rayo de esperanza	252
30. La conspiración de Marco-Artú	257
31. La amarga luz de las estrellas	266
32. La causa de Miyar	273
33. Por revolucionario	285
34. El tercer preso	287

PARTE TERCERA

35. Mi destierro	297
36. El regreso	302
37. La hostería del Carmen	305
38. La fuga	308
39. La apuesta	312
40. Los dos en la calle estamos	316
41. Los documentos de su majestad	331
42. ¿No es cierto, ángel de amor?	337
43. La modista de la reina	342
44. La voz funeral de una campana	348
45. Sentido del espectáculo	356
46. Al pie de tu sepultura	363
47. Adiós, patria mía	370
48. Las cuevas de Luis Candelas	374
Licencias y aclaraciones	377
Agradecimientos	379

MADRID, 1830



1. Palacio Real
2. Tragañinos
3. Casa de Tudescos
4. La Paloma
5. Puerta del Sol
6. Librería Alverá
7. Fontana de Oro
8. Ateneo
9. Plaza Mayor
10. Café Lorenzini
11. Teatro del Príncipe
12. Cárcel de Corte
13. Plaza de Santa Ana
14. Arco de Cuchilleros
15. Cucillo
16. Iglesia de San Sebastián
17. Plazuela San Javier
18. Reales Estudios
19. Convento de la Merced (Tirso de Molina)
20. Imprenta de Brugada
21. Casa de Paca
22. Carpintería Candelas
23. Taberna del Macaco
24. Taberna de Jerónimo Morco
25. Plaza de la Cebada
26. Iglesia de San Cayetano.

PARTE PRIMERA

1. El burlador

Madrid, 21 de febrero de 1827. Víspera de Carnaval

Filiación: nº 427.

Nombre y apellido: Luis Candelas Cagigal.

Apodos o remoquetes: se ignora.

Naturaleza: Madrid.

Edad: 21 años.

Estado: casado.

Profesión u oficio: cesante en el ramo de Contribuciones.

Clasificación: ladrón (espadista y tomador del dos).

Condenas sufridas: ninguna.

Estancia en cárceles u hospitales: ninguna.

Señas personales: –

Estatura: regular.

Pelo: negro (sin redecilla).

Ojos: al pelo.

Nariz: regular.

Boca: grande y prominente de mandíbula.

Dientes: iguales y blancos.

Otras señas particulares: no usa bigote ni perilla.

Color del rostro: quebrado.

Complexión: recia, bien formado en todas sus partes.

Miro la ficha, sujeta con una escarpia al lateral de la celda, pero no acabo de creerlo. ¿De verdad este hombre es Luis Candelas?

Dicen que Candelas es el mozo más alto de Madrid, que va rodeado de mujeres que le bailan como gitanas y que

su traje resplandece, como acabado de teñir. Y, si no fuera una majadería, me creería hasta que suena música cuando aparece en escena.

Sin embargo, aquí no hay ni rastro de eso. Deben de ser habladerías, porque parece un hombre de lo más normal. Y por el fajín no le asoma una navaja, sino unos pliegos de *El burlador de Sevilla*.

Yo sigo patitieso.

—¡Que tú eres Luis Candelas! ¡Que lo pone aquí!

Él suelta una carcajada escandalosa.

—Si tú lo dices..., ¡pues será que lo soy!

Y tengo que encontrármelo hoy mismo, cuando cumpla los diez años. ¡La leche! Es normal que esté un poco nerviosillo... Hasta ahora, nunca había tenido a un héroe de novela ante mí, al menos no a uno de carne y hueso. Aunque hechos de papel los he tenido a puñados.

Yo, José Zorrilla y Moral, nací sietemesino, o eso dice mi madre, porque yo ya no me acuerdo. Sólo por eso ya me han caído un montón de sambenitos, «menudo, enfermizo, frágil, delicado», y tengo que estar de médicos cada dos por tres. Yo sé que es mentira todo, no soy ningún debilucho.

Sólo me sacan para ir a misa los domingos, y envuelto en una manta. Me he pasado en mi casa los últimos diez años, y eso que tengo diez. Bueno, excepto el último, que lo pasé en el internado. Nada de parques, pelota, peleíllas o ajeteo. Siempre he visto correr a los niños por la cuesta empedrada de mi casona, desde el otro lado del jardín, y a los señores pasear en sus caballos, y siempre me he dicho: «Pues a ver si crezco pronto y así salgo yo también».

Hasta ahora he visto el mundo por una ventana de vidrio y plomo.

Al igual que Candelas, soy un preso.

Pero, aunque encerrado en mi cuarto, nunca he estado solo. Desde que tuve uso de razón mis días se llenaron de amigos imaginarios, fantasmas familiares y, lo más importan-

te, personas que vinieron de otros países y de otras épocas para contarme historias. Mi mesa, en cualquier época del año, estaba siempre a rebosar de libros.

Mi padre, que era un hombre de leyes, me enseñó a leer muy pronto, y yo crecí con los cuentos de san Miguel y su caballo y los de otros caballeros que llegaron a santos. También con las leyendas moras de Granada, de sultanes, castillos y el misterio del pozo. Y con los poemas que me cantaban mi ama, Bibiana, y mi niñera, Dorotea, que me querían mucho las dos y me pasaban el calentador de camas, con las brasas de la cocina al rojo, hasta el minuto antes de meterme en las sábanas. Gracias a sus mimos, me sentía yo como un panecillo en el horno. Allí me ponía con mis libros hasta que, de puro sueño, se me caían de las manos y a veces hasta me despertaban al golpear en el suelo.

Los libros, yo no sé si me salvaron la vida, pero lo que es seguro es que salvaron mi alma.

Llegamos de Valladolid hace unos días y ya me han medido, de cabeza, en los Reales Estudios. Interno y bajo llave. Mi padre –absolutista, alcalde de Madrid, jefe de la policía, hombre serio donde los haya– quiere hacer de mí un buen abogado. Pero ahora que he descubierto las novelas me agarro a cada texto como a una tabla de salvación. ¡Salvemos el corazón! ¡Los sonetos y redondillas, primero! ¡A sus puestos, marineros!

Candelas me sonrío con una sonrisa enorme, como sólo permite una mandíbula ancha como la suya. Me mira, divertido, intentando adivinar mis pensamientos, que ya se han puesto a volar, como me pasa siempre. Se nota que no soy un niño de la calle porque voy vestido con decencia. Creo que le hago algo de gracia.

No voy a estropearlo. Es la primera vez que mi padre me saca de ronda en plena Cárcel de Corte. Tengo ya diez años, es viernes de Carnaval y hay fiesta en el colegio, y no sabe qué hacer conmigo ni dónde meterme. ¡Cómo voy a

andar yo suelto por la calle, con la naturaleza tan débil que tengo...! De verdad que se harta uno de escuchar tonterías.

Sé que mi padre se está matando a trabajar desde que llegamos. Estamos en 1827 y ser alcalde de barrio y jefe de la policía no es fácil. Echa muchas horas de ronda por las calles, ocupado en maleantes y ladrones como Candelas, claro, pero aún más en los despachos, cazando cartas y mensajes secretos. «Está Madrid lleno de conspiradores», dice. «Los liberales bullen como hormigas». Vuelan las confidencias, los rumores y los chivatazos. Los rebeldes se reúnen en secreto, en las tabernas, y se intercambian cartas con Londres y París.

La villa rebosa de espías.

Sé que mi padre se juega el cuello; el suyo y el de toda la familia. Responde ante el ministro Calomarde y ante el mismo Fernando VII. Su misión es mantener el absolutismo.

Candelas aún me mira, sonriente, sopesando sus posibilidades. De vez en cuando echa vistazos a la llave de la celda que cuelga en la pared. Le brillan los ojos de encanto y travesura.

He dicho que no voy a estropearlo, pero la leyenda está ante mí y el mundo entero es su escenario.

Dios nos coja confesados.

* * *

Desde que entré en el aula, en estos primeros días de 1827, me di cuenta de que el nombre de Candelas es como el Espíritu Santo, que está en todas partes. Sus aventuras se cuentan por los pasillos y en los patios, y los compañeros me han puesto al corriente enseguida: que a Candelas lo expulsaron de allí los jesuitas porque armó tal escándalo que aún se revuelve en su tumba el santo patrón de Loyola.

Me han enseñado los recortes de periódico y no se han olvidado ni un solo chisme: que si le quitó la mujer a tal y a

Pascual, que si roba a los ricos para dárselo a los pobres... y que se fuga de presidio cuando le da la gana.

Y hoy, en el día de mi cumpleaños, ha querido el destino ponerme frente a semejante prohombre. Es una auténtica aparición.

–Vamos..., que como no espabilemos nos pilla aquí la Cuaresma completa. –La aparición me habla.

Lo miro una y otra vez. Esto no puede estar pasando.

–¡Tú eres el bandolero famoso!

Se le ilumina la cara.

–Eso es. El mismo que viste y calza.

Asoma la cara por entre los barrotes, para hablarme en confianza.

–Y tú tienes que abrirme esta puerta como sea.

Casi me salgo del cuerpo del respingo.

–Pero ¿qué dices? ¡Que me pone directo a las Filipinas mi padre y muy señor mío!

–Shhh... Baja la voz. ¡Venga, hombre! ¿Cómo va a hacer eso? ¡Si no le sacas ni dos palmos al suelo!

Tiene más razón que un santo.

–Pero...

–Tú hazme caso, que Madrid es como es... ¿Sabes por qué el escudo es una osa bajo un árbol? Porque quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija. Hazme caso, zagal, y abre la puerta. Y tendrás en mí a un amigo.

Esa promesa vale más que todo el oro de Toledo. ¿Amigo mío, Candelas? ¿Mi héroe de la libertad? ¿El pirata de las calles, amado por todas las mujeres de Madrid? ¡Lo que yo daría por llevar su sombra a cuestras ni aunque fuera un solo día!

–Ay, Dios mío. Ay, mi madre. –No me llega la camisa al cuerpo–. Y, sobre todo, ¡ay, mi padre! Como se entere...

Mi padre me ha dejado cinco minutos vigilando, cinco de mi cortísima vida al aire libre, y pasa esto. Ha tenido que salir corriendo a poner orden en la calle, pues, por lo visto,

se están remojando unos paseantes, muy ligeros de ropa y como lunáticos, en la fuente de Orfeo, lanzando por los aires los disfraces de Carnaval. Y aquí estoy yo a punto de echarlo todo a perder.

A punto de fallarle, como parece que estaré condenado a hacer toda mi vida. Que un poeta, por el mero hecho de serlo, no puede ser buen hijo.

En la calle aumenta la jarana. Es tal que se cuele por el ventanuco de la celda y ya nos cuesta escucharnos. Luis se pone alerta.

—¡Cuál gritan esos malditos! ¡Vente, que va a ser una aventura! Y, si nos pillan..., ¡les dices que te secuestré!

Está encerrado, sin apenas luz ni agua ni una mala cuchilla con que afeitarse. ¿Cuánto lleva durmiendo bajo el ángel? ¿Tres días? Pero es tan encantador que le creería hasta que los bueyes vuelan. Tengo que averiguar cómo lo hace. Porque sólo de escuchar la palabra «aventura» ya se me da una higa todo. Mi padre, los guardias y hasta el perro de san Roque.

Ya voy por el manajo y ya descuelgo las llaves. Corro a abrir la cerradura con mis pequeñas manos, tan inseguras que apenas logran acertar el ojo.

Acabo de soltar al donjuán más famoso de Madrid.

Arranco la ficha de Luis de la celda, como recuerdo, y me la guardo estrujada en el bolsillo.

Antes de darme cuenta estamos corriendo por los pasillos. Voy con el corazón que se me sale por la boca y encolado a los zapatos de hebilla de Candelas.

He inaugurado mi carrera criminal a los diez años y por todo lo alto. Feliz cumpleaños, Pepe.

Sé que esto es un acto contra mi padre. Por tenerme encerrado, por obligarme a estudiar para abogado. El primer acto de protesta de mi vida. Y tomo mi primera decisión importante: dejo de ser José Zorrilla el chico y empiezo a ser, simplemente, yo.

Pero en ese momento aparece un guardia por el pasillo y yo me detengo en seco, sin aliento. Nos han pillado. Aquí acaba mi carrera como delincuente; me van a mandar de vuelta al internado para siempre y Luis se pudrirá en la cárcel hasta el final de sus días... ¡Qué desgracia!

Sin embargo, para mi sorpresa, el guardia lanza a Luis un trabuco.

—¿Tan pronto fuera, rediós? ¿Cómo has salido sin haberme esperado? ¡Si todavía no es la hora!

—Un golpe de suerte, Saldivia. Suerte, nada más.

Me guiña un ojo y yo me siento la persona más importante del mundo.

—La riña sigue en la plaza y no han notado nada. Les he dicho que se queden en pelota si hace falta.

¡No puedo creerme sus mañas! ¡Se la han colado a mi padre! ¡Y yo, su único hijo, metido hasta el cuello en la fuga!

—¿Y este crío?

Me estiro, agunto la respiración y me pongo lo más serio que puedo.

—Déjalo, viene con nosotros.

Un trabucazo a mi espalda casi me deja sordo.

—¡Que se nos llevan al niño! ¡Que se escapan! ¡Villanos!

Salgo disparado por los pasillos como alma que lleva el diablo. Los Voluntarios Realistas nos persiguen, gritando: «¡Alto! ¡Guardias!» y «¡No disparéis, que hay un niño!». Yo estoy aterrado, pero también más despierto y vivo que nunca. Sin dejar de correr me protejo la cara con los brazos, temiendo los rebotes de metralla que disparan contra el techo. ¡Que no es una novela! ¡Que esto está pasando de verdad!

Ya en la puerta trasera de la cárcel salgo a la calle con una bocanada.

Trasiegan sin parar gentes disfrazadas de hidalgos venidos a menos, de bandoleros de provincias, de curas y de monjas y de mil ridiculeces. Y los beodos cantan y se lanzan huevos, haciendo el loco.

En la otra acera nos espera, oculta en un portal, una figura encapuchada. Cruzamos por el río de la gente, esquivando a unos y otros, evitando el atropello, y enseguida Luis abraza a la figura. Con el zarandeo, se le desliza la capucha.

Es una mujer de melena negra y brillante, con raya en medio, recogida en tirabuzones que le llegan a los hombros. Hermosa como no he visto yo en mi vida. Sus ojos son como aceitunas jóvenes.

–¡No te esperaba tan pronto!

–Este pequeño rufián nos ha ayudado.

Luis me sonrío y me frota el pelo. Está orgulloso de mí. Yo estoy orgulloso de mí.

Ella rebusca en su cesto de naranjas, que es costumbre de los madrileños pasarse el Carnaval a naranjazos. Saca un par de máscaras que, aunque están prohibidas, las lleva todo Madrid, y también dos hábitos de fraile. Me tiende uno y la emoción no me cabe en el cuerpo mientras lo meto por la cabeza. Es tan enorme que me arrastra por el suelo. A mi lado, Luis también se ha puesto el suyo.

–Tengo que quedarme a arreglar cuentas –dice ella–. Que las puertas de la cárcel no se abren solas.

–Eres providencial, Lola. Lo que no consigas tú...

Metete las manos por debajo de su capa y rodea su cintura con un movimiento suave pero firme, de una intensidad animal. Tan natural como todo lo que hace.

La besa en los labios con pasión. ¡Y vestido de fraile! Me hubiera tapado los ojos, como mi madre me ha enseñado, pero no me ha dado tiempo.

–Dime cuándo podré verte.

Ella no dice nada. Sólo baja la vista y se aparta como puede.

–Ya sabes que eso no puede ser...

Él la sujeta suavemente del brazo.

–¿Es porque tienes que ver al Deseado?

Lola baja la cabeza y suspira. Ya sabe lo que le espera en esa alcoba y no es nada agradable. Ojalá pudiera escapar.

–Tú sabes quién es mi único deseado.

Le clava una mirada fiera, de esas que paran el mundo, y luego se da la vuelta. Pero él tira de ella; aún no quiere que se vaya.

Ve unos papeles que asoman de la cesta de naranjas.

–¿Qué esto, Lola?

Ella remueve las naranjas y los vuelve a esconder, muy seria. Son cartas, he visto el lacre de refilón.

–Ya lo sabes. No te metas.

–¿Cómo no voy a meterme? ¿Tengo que verte colgando de una soga en la Cebada? ¡No te creas que te van a perdonar por ser mujer, que de esto no perdonan a nadie!

–Métete en tus asuntos, Luis. Y, si no ayudas, por lo menos no estorbes.

–Dile a Mina que se busque otro correo. Que tú ya tienes bastante.

Yo trago saliva, porque Mina sólo hay uno y ése es Espoz y Mina, líder de los rebeldes en París. Sólo soy un crío de diez años, pero no soy tonto. Para ellos soy invisible; no existo, no tengo importancia, como los perros o los gatos, hasta tal punto que hablan en mi cara de esas cosas secretas que yo no debería saber. Pero ellos desconocen quién soy en realidad: soy el hijo del alcalde Zorrilla, mano derecha del ministro Calomarde. El hombre que los cuelga por traidores.

Lola es una espía liberal y yo no debería estar aquí.

Ahora tengo que llevar el peso del secreto o del chivato.

En ambos casos, soy un desgraciado.

* * *

La mujer es la primera en salir del portal. Se asegura de que el peligro ya ha pasado y de que los guardias no nos siguen.

Atraviesa la calle, por donde siguen desfilando las gentes disfrazadas, y luego se aleja camino de no se sabe dónde, con los pies ligeros y la capa haciendo vuelo.

Sus ojos verdes, su pelo en tirabuzones y su piel tan blanca se imprimen en mi memoria mucho después de su marcha.

Yo ya no sonrío. Estoy hundido. ¡Ojalá no hubiera oído nada! Disimulo como puedo.

–Ese Deseado..., ¿no será quien tú y yo nos sabemos?
«Su Majestad Fernando VII».

–Bueno, ya sabes como es. O a lo mejor no lo sabes, que eres tú muy pollo para estas cosas.

Luis baja la cabeza y se queda en silencio, pensando. Y yo sigo mirando la calleja que se ha tragado a la dama, preguntándome qué hacer.

–¡Ea! –Se despabila–. ¡Vamos a desayunar! Te invito a un chocolate.

Acaba de dejar la trena, sin un duro en el bolsillo, pero actúa como un día cualquiera de su vida.

Decido que voy a hacer como si nada. Lo borraré de mi memoria, me convenceré de que el tal Mina no es quien yo me pienso. Lo olvidaré para siempre. Esto no es asunto mío.

–Iremos a la taberna del Cuclillo, que allí me tratan bien.

En la calle Imperial tiene Candelas un taburete a su nombre. A un mozo como él le sobran los amigos. Y allí me va a contar qué ha sido de su vida, desde el principio, en 1808. Durante el día más sangriento y heroico de Madrid.

Se pone la máscara y me tiende a mí la otra.

–¡Venga, vamos! ¡Póntela!

Mis manos tiemblan.

–Por cierto, ¿cómo te llamas?

–Me llamo Pepe... Pepe Moral –miento.

Moral es el apellido de mi madre, pero me da tanta vergüenza que me pongo colorado. A mí me han dicho

siempre que no se miente, pero... ya me confesaré luego, si acaso.

–Ahora ya somos amigos –sonríe.

Yo me oculto tras la máscara, recojo mis hábitos de fraile y salgo a las calles madrileñas.

Convertido en el espía que nunca quise ser.

2. El Madrid de las librerías

Madrid, 2 de mayo de 1808

Luis aún tiene cuatro años, pero ama el olor de un libro como el de pan recién horneado.

Sólo hay cinco minutos hasta Alverá, la librería más cercana, pero él tarda el triple porque unas piernas tan pequeñas no dan más de sí. Así que su madre lo va a dejar en casa, pegado a la criada.

La señora se pone su *spencer* de paseo, se descuelga el bolsillo y lo llena de reales. Luis se da cuenta enseguida de lo que está pasando y no le gusta un pelo.

—Me voy un momento a la librería. ¿Hace falta algo para Mauricio?

—Este nene tiene de todo. —La criada pasea con el bebé en brazos, meneándose con ganas para intentar dormirlo—. ¡Como un príncipe vive! ¡Ya quisiéramos los demás!

—Entonces me marchó.

La madre cruza la puerta del piso. No hay tiempo que perder.

En un arrebato Luis se arranca la ropa, que deja tirada ahí mismo, corre por el pasillo, abre el baúl y saca el traje de domingo. Cruza la puerta desnudo, con el hato entre las manos.

—¡María, que se nos tira el crío escaleras abajo!

La madre se da la vuelta y se encuentra a Luis como lo traje al mundo. Nariz arrugada, cejas en cuña y ojos brillantes como el carboncillo.

—¿Te vas a portar bien y no vas a tocar nada?

Él asiente con toda la firmeza que puede.
—Venga, vamos a vestirte.
Ha conseguido montar una escena.

* * *

Salen por el portal burgués en la calle Santa María, una de las mejores de Madrid por estar cerca del centro, pero no mucho. Es mejor no vivir en plena Puerta del Sol para evitar el trasiego de caballos, carruajes y aguadores.

Aprietan el paso, tiran por Huertas arriba y enseguida llegan a Príncipe, junto al teatro. Desde allí enfilan hacia la Carrera de San Jerónimo.

Son las siete de la mañana, la villa es puro ajeteo bajo el sol de mayo. El pequeño Luis trota al lado de su madre, tan contento de darse el paseo como de haber dejado a su hermano en la casa, berreando. Se lo merece por chupón. Ahora tiene a su madre sólo para él.

Va vestido de majito, de punta en blanco, arropado en una jaqueta con cintas en los hombros y redecilla en el pelo. Su madre no permite que salga mal vestido, que la elegancia de la buena familia Cagigal hay que mostrarla en la calle. Aunque Madrid sea un hormiguero de desconocidos, no como Santander, donde era más fácil presumir. Pero nunca se sabe. «Es importante que hablen bien de uno».

La mujer aún se resiste a vestirse de maja y ha preferido un vestido de muselina blanca que proviene del ajuar. El talle alto deja espacio para sus cuatro meses de embarazo, pero las costuras no dan mucho más de sí y aún le quedan otros cinco meses por delante. Ha decidido pasarse por la tienda de Mercedes Piña, en la Plaza Mayor, para encargarle otro más holgado.

Llega hasta la librería y se queda de una pieza. «Vaya madera oscura y horrorosa le ha puesto Esteban. No puede ser peor». Ya piensa como la mujer de un ebanista. Sin em-

bargo, la tienda está bien iluminada gracias a sus siete escaparates y otros tantos ventanales en esquina. Tras ellos brillan los tomos, en piel burdeos, verde y dorado, que se apilan cual ladrillos hasta el techo.

María y Luis esquivan a los impresores, que tienen el carro afuera, y al mozo sudoroso que carga los ejemplares. Nada más cruzar la puerta, el olor de la tinta y el papel se les mete hasta los huesos.

–Buenos días, don Felipe.

–Buenos los que me da, doña María. Si no fuera por gente como usted, no tendría ni para los posos del café.

–Ya será menos, hombre, que tiene usted dos librerías abiertas y en calle muy principal...

El librero señala a los impresores y se inclina, en confianza.

–Tendría que ver cómo aprietan éstos con los duros. Se han subido a la parra, como la paloma de Noé.

–Si en Madrid hay tantos de su oficio..., digo yo que será porque hay reales de por medio.

–Para dineros, los de ustedes. La carpintería. Eso sí que es cosa buena y segura. Que puertas y ventanas y sillas para poner las nalgas, perdóneme la expresión, siempre van a hacer falta. Pero ¿los libros? Lo primero que la escasez se lleva por delante.

–Pues yo a usted no lo veo nada mal.

–¡Ay, señora, las apariencias engañan! ¡Si tengo yo recomendado hasta el último puño! ¡Hable usted con mi mujer!

–Ya hablé con ella, ya. Si por eso vengo... Por el libro de *Educación en los niños*, que lleva ya tres días en la calle y por lo visto soy la única vecina que no lo tiene. ¡No se habla de otra cosa en los mentideros! Resérveme uno, don Felipe..., y mire bien que traiga las últimas páginas. Las del –saca una nota y lee textualmente– «breve tratado de la felicidad en todos los estados de la vida», que me han dicho que hay algunos tomos que no las tienen.

—No lo tenemos, señora María. Nos lo ha levantado Alonso.

—¡Vaya por Dios! Pero si su mujer me dijo que estaba usted por traerlo...

—Tiene que ir a las gradas. Lo siento.

María suspira porque las gradas, en el convento de San Felipe, siempre andan repletas, y en su estado trata de evitar las multitudes, no quiera Dios que se vaya a desmayar.

Los cimientos de las gradas son como un queso francés y en sus agujeros florecen unas tiendecitas con toldos a las que llaman covachuelas. Sólo de pensar en ellas ya se agobia, y enfrente no es mucho mejor. Las casetas de los libros están desbordadas. Hay que andar metiendo la cabeza y dándose de codazos con los mirones. Si va a Alverá es para poder comprar tranquila.

Luis la tironea del bajo del vestido.

—Sí, mamá. Por favor. Por favor..., vamos a las gradas, que están aquí al lado.

El niño no es tonto. Entre las covachuelas hay mil jugueterías.

La madre lo mira; suspira y se arma de valor, sin saber cómo decir que no. Para un día que pasea lo prefiere sin rabietta.

—Pues nada, ¡qué remedio! Tendremos que ir...

El librero ve escapar la venta cuando María se vuelve, camino de la puerta.

—¡Lo que sí tengo es una maravilla que acaba de llegar-me de Francia! ¡Espere un segundo, que enseguida se la enseño! Miyar, hazme el favor, que pueda verlo la señora...

Se dirige a un aprendiz de unos catorce años que ha estado leyendo en silencio en una esquina. Éste deja el libro a un lado para ir a la trastienda. María se pregunta qué estará leyendo cuando necesita forrarlo con el *Diario de Avisos*.

—Tienes un nuevo ayudante...

–Sobrino de una parienta, recién llegado del campo. Parece que nació con un libro entre las manos, que no hay quien se los quite. Será un buen librero. Si se deja guiar con las lecturas, claro.

El tendero se ensombrece, como si acabara de cubrirlo un nubarrón.

–¿Qué te pasa, Felipe, que de repente te has puesto triste?

–Yo qué sé, María, la juventud..., que no hace caso de nada ni de nadie. Yo ya no sé cómo decirle que hay cosas que uno tiene que evitar. Que hay peligros en Madrid en estos tiempos. Los libros también, también pueden serlo, como los venenos o los cuchillos. Si te pillan con ellos encima...

–Parece aplicado –Ella se esfuerza en cambiar de tema–. Para ser de campo.

–Un asturiano por los cuatro costados –se anima Felipe–. Trabajador, honrado y buen mozo de compras. Yo le doy los dos reales diarios de rigor, que no quiero mezquindades, aunque duerma y coma en mi casa. Pero se va a volver al norte en cuanto acabe el verano. Me da pena porque los padres lograron darle buena escuela, se le nota de largo, y va a ser un desperdicio ponerlo con la azada... Es un intelectual, no un hortelano. ¡Oye, Miyar, viene ese tomo o qué! ¡Que no va a estar la doña todo el día!

El muchacho aparece con un tomo color burdeos, con filigrana.

–Perdona, tío, que estaba buscando algo para el niño.

–¡Luis, te has arrancado la redecilla! –exclama la madre.

–¡Me pican las orejas!

–Aquí tenemos esta hermosura, en pasta de la buena.

–Felipe, ya recuperado, despliega todo su encanto–. *Reflexiones de la naturaleza para todos los días del año*. Lo tengo desde enero mismo, traducido al castellano del francés, en tercera impresión, corregida y aumentada.

Abre las tapas y pasa algunas páginas, mostrando los grabados de las flores.

–Seis tomos, a 78 reales cada uno. En rústica son 66. Pero, como les debo dineros de las puertas...

La mujer asiente y acepta el volumen. En Alverá los libros no le cuestan un real. Van a cuenta de la carpintería, que cada vez gana más dinero. El padre no da abasto con los encargos, tanto de los curas como de los comercios. Ya es, de largo, el mejor ebanista del Avapiés.

Mientras tanto, Miyar ha rodeado el mostrador y está agachado junto al pequeño Luis. Le tiende unas estampas en cartulina inglesa.

–Las nueve musas. Para ti.

El niño mira a las mujeres, risueñas y poderosas, que bailan en color, plenas de felicidad. Llevan flores en el pelo y los hombros, y algunas muestran los pechos al aire. Hasta entonces no ha visto más estampas que las de santa Polonia y la Virgen. Pero estas mujeres medio desnudas no están tristes ni tampoco serias. Se las ve alegres; cantan, bailan y se ríen.

–Ésta de aquí me recuerda a Manolita. ¿Verdad, mamá?

–¿Malasaña? ¿La bordadora? Sí que se parece un poco...

A Luis le brillan los ojos. Siente adoración por esa muchacha, como tantos niños chicos con sus maestras o cuidadoras. Cuando va al taller de su madrina, Mercedes Piña, Manuela siempre le hace gracias.

–Aquí pone algo –señala las letras.

–Cada una se encarga de una cosa –explica Miyar–. Mira: ésta de aquí es de la poesía épica.

–No sé leer.

–Pero algún día sabrás.

–Son todas muy guapas. No como aquél.

Señala en la pared un retrato en medio pliego, de marca mayor.

–Ése es Fernando VII, nuestro rey de España. Al menos, de momento, porque nunca se sabe...

–Aquí no, Miyar –lo reprende el librero, más serio que en toda su vida–. Te he dicho que no.

–Tío, hazme caso, que éste ya no va a volver. No han llegado los correos de Bayona. Dicen que a los infantes se los llevan hoy mismo para Francia...

Felipe le da una colleja para callarle la boca.

–¡Llévate hoy mismo es lo que deberían hacer tus padres! ¡Que te mando de vuelta a Corao cagando leches!

El muchacho se muerde el labio y baja la cabeza. Se vuelve a sus lecturas, sin entender cómo su tío puede estar tranquilo con lo que están haciendo los franceses. Cuando Fernando VII, el supuesto rey de España, los abandona a su suerte.

–Que tienes en la cabeza más pájaros que el campanario de una iglesia –gruñe Felipe–. Perdone, señora, mi lengua.

El librero no quiere follones. Los alborotos dañan el negocio. Sólo busca estar tranquilo, le da igual que gobiernen unos u otros mientras haya unos años de paz. Unos pocos seguidos, al menos.

–Me voy ya, Felipe, que me espera la modista.

–Tenga cuidado en el centro, señora. Que es lunes y está de uñas todo el mundo.

Antes de salir, Luis tira del vestido de su madre.

–Ese Fernando VII... –Señala el retrato.

María lo mira preocupada; no quiere que se angustie por lo que ha escuchado antes.

–¿Qué pasa con él, hijo?

–Parece un pepino pocho.

* * *

Salen a paso ligero por San Jerónimo y la madre duda de si volverse a casa. Madrid bulle como en una olla cuando hace tanto calor... Pero tiene una cita con Mercedes y no quiere quedar mal. Además, le hace falta el vestido, le da miedo reventar la ropa buena de salir. Se va a acercar a Sol, a ver cómo anda el ambiente.